

El sueño de un emporio minero en la Sierra de Cuenca



Mercasita

José Luis Muñoz

La mitología sobre la riqueza minera subterránea encerrada en gran parte de la Serranía de Cuenca fue alimentada por los cronistas del siglo XIX, con Muñoz y Soliva y Torres Mena en cabeza. En esa época se produjo una considerable explosión de intereses que en poco tiempo volcó sobre aquellas montañas una apasionante búsqueda de yacimientos mineros. Se cuentan por centenares los registros producidos, abarcando un amplio panorama de minerales susceptibles de ser explotados, con el carbón, el hierro, caolín, cobre, cuarzo, sal gema, en lugar preferente, sin que falten tampoco algunos intentos de conseguir plata. Registros que comprenden casi todos los pueblos de la Serranía, con insistencia especial en algunos de ellos que podemos imaginar agujereados en su práctica totalidad con mejores deseos e intenciones que con planteamientos rigurosos y, desde luego, con muy magros resultados.



Autorretrato de Antonio Ponz.

Sobre la presunta o posible riqueza minera de la provincia de Cuenca, singularmente de las comarcas serranas, han corrido ríos de tinta y numerosas leyendas urbanas. Aunque se pueden encontrar referencias en numerosos analistas con fundamento más o menos histórico, voy a tomar como punto de partida el análisis de Antonio Ponz, por muchos motivos digno de respeto y que escribía así a mediados del siglo XVIII:

«Es rico este territorio en materia de piedras, que admiten el mejor lustre. Las hay de diversas suertes en Bonache de la Sierra, lugar situado hacia el norte, y dos leguas distante de esta ciudad. Sus calidades son un jaspeado amarillo, con manchas de morado oscuro; otro es de un color de ante con manchas que imitan al de la rosa, y otro pintado de varios colores. En la hoya de Machado, territorio perteneciente al Excelentísimo señor marqués de Ariza, distante de aquí dos leguas y media, hacia la parte oriental, se encuentra un jaspeado morado y amarillo de lo más exquisito. En el lugar de La

Cierva, que dista cuatro leguas de Cuenca, también hacia el oriente, se hallan a más de la clase de mármoles jaspeados referidos, otro pintado de manchas de color de violeta» [Antonio Ponz, *Viage de España*, Madrid, 1787, III, Carta 5ª, pp. 135-136].

Pero una exploración más detallada, realizada por Mateo López a comienzos del siglo XIX dejó las cosas en su punto y la realidad donde estaba, o sea, en unos lugares muy modestos. Tras empezar afirmando que “los minerales de tierra de Cuenca fueron muy conocidos en lo antiguo”, recoge algunas alusiones, remontándose a Estrabón quien había comentado que los montes extremos de la Celtiberia, especialmente en la Sierra de Cuenca, eran riquísimos en metales. Apoyándose en una memoria descriptiva elaborada por Alonso Carrillo Laso, Mateo López relaciona algunos puntos mineros de especial relevancia, entre los que se pueden mencionar alguno que corresponde a nuestra zona geográfica.

El sueño de un emporio minero en la Sierra de Cuenca

Uno de ellos estaba en el término de la villa de Poyatos, en el sitio denominado Cueva de los Herreros, donde el año 1678 Juan de Castilla hizo mención de «una mina de plata que daba mucho metal y se mandó cerrar la boca con cal y piedra», pero en la época en que escribe Mateo López ya no se localizaba el punto exacto.

Otra mina de plata aparece mencionada en el sitio Las Marichicas, en el término de Tragacete. «He visto dicho sitio -dice el cronista- y he reconocido en él varias vetas de piritas o mercasitas, otras de carbón de piedra mezcladas con otras de arenazo firme, lustroso, de color negro y pintas menudas muy brillantes». En cuanto a El Pozuelo, en este lugar se menciona una mina de hierro, que parece de calidad inferior.



Tragacete, visto desde San Felipe.

En esos momentos, mencionando que se habían reconocido y puesto en explotación minas de plata en Beteta, en 1584; de hierro en Tragacete en 1605; en Cueva del Hierro en 1830; en Laguna Seca y el Val en 1832; de carbón de piedra en 1830 en Poyatos y en Cañamares en 1831.

Ya en el segundo tramo del siglo XIX, el historiador Muñoz y Soliva, recogiendo los datos e impresiones proporcionados por Luis Mediamarca, un activo y diligente ayudante de Obras Públicas, autor de un interesante mapa de la provincia, señalaba que en numerosos lugares de la Serranía se detectaban filones de mineral de hierro, apreciables en superficie y también en las numerosas minas ya entonces abandonadas, de las que seguía en explotación La Suiza, en Henarejos y asegura que las hay «de plata, cobre y aún de plomo, por las labores mineras de colosales proporciones, por los escoriales inmensos cobrizos y plomizos cree se extrajeron grandes riquezas en tiempos antiguos en el extenso campo de las Herrerías, en Talayuelas, en las faldas del Pico Ranera y en los términos de Aliaguilla, Garaballa y Henarejos», en los que aún entonces, y durante las décadas siguientes, continuaron en explotación varios yacimientos mineros [Trifón Muñoz y Soliva, Historia de la Muy N. L. e I. Ciudad de Cuenca; Cuenca, 1866, tomo II, pp. 1037-1038]. Pero el canónigo va más allá y aventura que «las canteras de mármol son tan numerosas en esta provincia que su capital y otras poblaciones debieran presentar edificios tan soberbios como Génova, si a su riqueza forestal se le hubiera dado mejor dirección y salida oportuna».

Los textos citados, y otros varios de parecido carácter que podrían incorporarse igualmente, se mueven en un territorio ciertamente confuso, en una suerte de paraíso descriptivo en que pocos datos se ponen de relieve. Las noticias adquieren mayor concreción cuando, ya entrado el siglo XIX, se establecen mecanismos administrativos que, dentro de la evidente precariedad del sistema, obligan a formular denuncias públicas de los registros mineros, que se incorporan a un listado oficial desde el que se sigue la evolución de los correspondientes permisos, primero de investigación y luego de explotación, con los datos necesarios sobre las características, ubicación y delimitación del recinto minero. Como se puede leer en cualquier tratado referido a la historia de la minería en España, el año 1820 es el que sirve de referencia para encauzar esta problemática que encontrará su primer punto de apoyo normativo en la Ley Minera de 1825 (Real Decreto del 4 de julio), emitida precisamente para establecer un mecanismo legislativo y administrativo que pusiera orden en un sector de la economía hasta entonces sujeto al albur de decisiones locales, lo que introducía evidentes confusiones en cuando a las normas que deberían apli-

El sueño de un emporio minero en la Sierra de Cuenca

carce en las extracciones y la comercialización de los productos obtenidos. De esta forma y a partir de esos momentos se abre camino la regularización del proceso, que recibirá un respaldo mucho más firme con la Ley Minera de 1859, que como suele ocurrir en todo el mecanismo legislativo, corrige los fallos de la anterior y perfecciona el sistema.

En esas primeras décadas del siglo XIX, la actividad minera estuvo a cargo de iniciativas personales o de pequeñas sociedades formadas por algunos individuos, por lo general vinculados a la comarca o al pueblo en que residían, como vamos a ver en algunos ejemplos que voy a citar a continuación, y solo al final de la centuria aparecerán en todo el territorio nacional algunas empresas dotadas de cierta solidez, sobre todo en el aspecto económico. Como se ha podido escribir, el empresario que explotó los recursos del subsuelo peninsular en el siglo XIX y principios del XX aparece muchas veces como un personaje polifacético, que cubre las diversas oportunidades de beneficio que giran alrededor de la extracción y ello fue así hasta que se incorporaron capitales de cierta potencia, algunos incluso procedentes del extranjero. Todo ello teniendo en cuenta un factor de evidente importancia y es que por las propias características de la explotación minera, que actúa inicialmente casi a ciegas, sin saber con precisión qué es lo que se puede encontrar una vez que la investigación avanza, resultaba muy difícil predecir de antemano el posible éxito de la empresa, las posibilidades de la explotación y, como consecuencia natural, las perspectivas del beneficio que pudiera obtenerse. Todo ello concede, al comienzo, un claro carácter de aventura a los pioneros del trabajo minero.

Como es innecesario abundar más aquí en cuestiones que son de ámbito general, podemos pasar a mencionar algunos de los primeros registros mineros que se establecen en la Serranía de Cuenca y que en principio parecen confirmar las optimistas perspectivas que habían insinuado los cronistas históricos. Dejo al margen las referencias concretas a las minas de caolín y a las salinas, que tienen (y merecen) su propia especificidad para referirme a exploraciones a la búsqueda de minerales metálicos. Las referencias que voy a citar corresponden a la zona geográfica más o menos próxima a nuestro territorio, dejando al margen otras muchas que aparecen citadas en los pueblos integrantes del marquesado de Moya, que fue el más abundante en cuanto a declaraciones de registros mineros.

El caso más antiguo que he localizado es el de Pedro del Castillo, apoderado del almirante marqués de Valmediano y Ariza, que en 5 de agosto de 1839 registró una mina de hierro en el término de Valdecabras, sitio Dehesa Cotillas, en el paraje Muela Llana, entre Majadalto, la sierra de las Grajas y la fuente de la Umbría, a la que dio el nombre de San Andrés Avelino.



El Pozuelo. Plaza.

Una semana más tarde, el día 12, Juan de la Cruz Jiménez, en nombre de Telesforo Aragón, registro una mina de hierro con el nombre de San Esteban, en El Pozuelo, sitio Fuente del Espino o Valdelosa, al norte del pueblo y otra mina, también de hierro, en el mismo término de El Pozuelo, con el título Santa Cristina, en el sitio Loma del Campo, a saliente del pueblo, hacia el mediodía, en el camino de Carrascosa y al norte del de Villanueva de Alcorón.

El 24 de agosto de 1839 se formaliza el registro por Claudio Pastor en nombre de Andrés Avelino de Arteaga y Carvajal, conde de Cores y Santa Eufemia, de una mina de hierro, a la que

denominó Mina Carrillo, en el término de Valdecabras, sitio de la dehesa de Cotillas, entre los sitios Hoya Lorente, la Muela del Pozo Coronado, Canteras Altas y Carrascalejo.

El 12 de mayo de 1843, Bernardino Sainz, en nombre de Tomás Luján, presbítero vecino de Enguíanos, registra una mina de carbón piedra en el paraje La Celadilla de dicha villa, en terrenos propios de Diego Luján de López, a la que da el título de Buenavista.

Tras un largo vacío de noticias, a finales de siglo, el 22 de febrero de 1899 aparece un registro denominado Santa Lucía, a cargo de Claudio González González, vecino de Tragacete, de 12 pertenencias de plata en el paraje Umbría del Molino de Arriba o Fraguas, pero en este caso hubo oposición de

El sueño de un emporio minero en la Sierra de Cuenca

Ceferino García y Trifón Gil, que aseguró que el terreno era suyo, lo que obligó a intervenir a la Comisión Provincial para establecer en acuerdo del 16-08-1899 que el registro podía continuar adelante, con reconocimiento del derecho de los propietarios a recibir una indemnización. Y es que en este proceso siempre se han distinguido ambas cuestiones, de manera que cualquiera podía denunciar y emprender un registro minero, aunque el terreno no fuera de su propiedad.

La Verdad fue un registro presentado en 1902 en el término de Poyatos, pero el promotor renunció en seguida y el procedimiento no siguió adelante. Caso similar a El Mico, curioso nombre adjudicado, también en ese mismo año, por Jesús Caba Fremel, vecino de Tragacete, de 12 pertenencias de carbón de piedra en el término de Tragacete, y que se dio por caducado en 1907 por no constituir el depósito económico que se le había asignado.

El 13 de septiembre de 1902, Nicolás González Martínez, vecino de Madrid, presentó un registro al que denominó La Fortuna, para 40 pertenencias de hulla en el término de Tragacete, sitio de La Vega del Codorno, paraje situado en la ladera de la Muela de San Felipe, pero tampoco prosperó, porque presentó la renuncia en 1904. Tampoco tuvo suerte otro registro, denominado El Chasco, presentado el 10 de marzo de 1908 por Claudio González, vecino de Tragacete, para explotar 12 pertenencias de hierro argentífero en el término de Poyatos, y cuya demarcación fue aprobada al año siguiente pero a continuación tuvo que ser cancelada porque el promotor no abonó los derechos que se le asignaron.

Más adelante, el 21 de abril de 1911, aparece el registro denominado La Alegría,

presentado por Juan Tello Martínez, vecino de Valdemoro de la Sierra, para 12 pertenencias de óxido de hierro en el paraje Solana de la Majada de Hernández, que también fue demarcada al año siguiente, pero de inmediato se decretó la cancelación por el mismo motivo anterior: el titular no abonó los derechos fijados por la administración y es que una cosa es aventurar la hipotética existencia de un yacimiento minero y otra muy distinta tener que abonar una cantidad para emprender de manera efectiva la investigación.



Aldea de Santa Cristina.

Y así podríamos seguir mencionando invenciones similares (son cientos los registros iniciados) que se mueven, en su mayoría, en el terreno de lo anecdótico, de manera que no merece la pena seguir malgastando papel en un relato que tiene mucho de monótono e intrascendente. Parece más saludable dedicar algo de atención a los tres intentos mineros de mayor importancia que se escenificaron en la Serranía de Cuenca, sabiendo de antemano que todos ellos, tras una etapa de aparente brillantez, serían destinados al fracaso pero al menos mientras duraron sirvieron para alimentar la esperanza de que aquellas optimistas perspectivas diseñadas por los cronistas clásicos quizá podrían llegar a ser efectivas y reales.

Esos tres proyectos son los que tuvieron lugar en Henarejos, Cueva del Hierro y la Herrería de Santa Cristina. El de mayor interés histórico es el segundo de los citados, porque su antigüedad se remonta a los tiempos de Roma. El que mejores perspectivas económicas llegó a alcanzar fue el primero, que casi rozó una momentánea prosperidad e incluso fue punto de referencia para el primer trazado ferroviario por la provincia de Cuenca. Vamos a comentarlos brevemente, procurando que la nostalgia no penetre en exceso en las palabras del relato.

Las herrerías

En los mapas y repertorios geográficos relativos a la provincia de Cuenca abundan las menciones a herrerías. El Nomenclator de 1860 define así estas instalaciones: «Es una oficina o fábrica en que se trabaja la mena de hierro en barras y obra gruesa, por medio de un martinete o forja a la catalana, cuyo motor es el agua. Como deben tener cerca el mineral y el combustible, están situadas en la Sierra, que abunda de estas materias».

El sueño de un emporio minero en la Sierra de Cuenca



En Henarejos aún son visibles los últimos restos del poblado donde se alojaban los mineros.



La herrería de Los Chorros, en Huélamo. Fue una de las más activas de la Serranía.

En general, se trata de pequeñas edificaciones destinadas en exclusiva al trabajo artesanal, aunque alguna de ellas también pudo servir como residencia para el herrero y su familia. Todas están situadas en riberas de ríos con suficiente caudal para mover la rudimentaria maquinaria, en una suerte de primitiva fuerza hidráulica, habilitada de manera similar a lo que sucedía en los molinos: las aguas del río eran desviadas por un caz a la misma altura del cauce original, hasta llegar a un desnivel por el que, mediante un cárcavo, se las obligaba a caer con fuerza sobre la rueda de paletas o rodezno en movimiento, que se transmitía hasta los martinetes y fraguas donde el hombre trabajaba y forjaba el hierro sobre un horno de leña, otro elemento natural proporcionado generosamente por el entorno, por lo que también es normal encontrar cerca de las herrerías otras dependencias auxiliares, las carboneras, donde se transformaba la madera en carbón. De estas herrerías serranas salieron multitud de elementos de uso cotidiano y laboral, como herraduras, cuchillos, azadas, hoces, todo tipo de aperos agrícolas y, desde luego, rejas, unas sencillas, para uso doméstico y otras de elaborada y artística estructura. Todo ello entró en declive cuando la revolución industrial sistematizó el trabajo y terminó con estas pequeñas actividades artesanales.

En 1853 se dan como existentes en activo las herrerías de Boniches, Los Chorros (Huélamo), Cristinas (Pajaroncillo), Codorno, Mijares (Landete), Valdemoro, El Val y Uña. Correspondiendo a distintas épocas, he encontrado menciones de herrerías en Poyatos, Salvacañete, la del Guadazaón en Carboneras y Campillos de la Sierra, donde en 1940 había una central eléctrica con una población estable de 8 personas [N 1940].

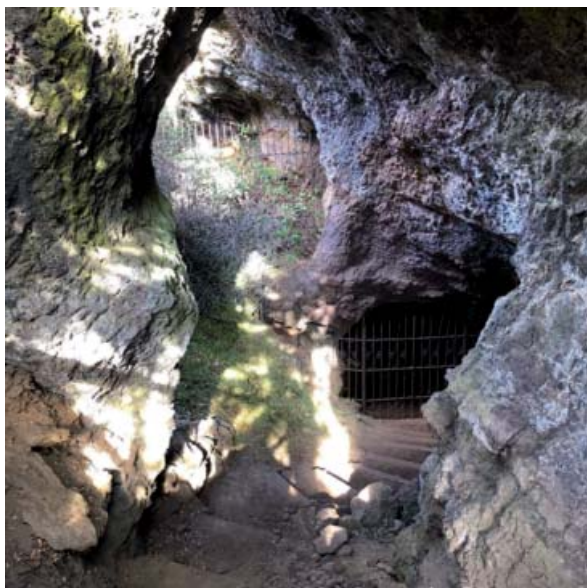
Cueva del Hierro

Los distintos estudios que se han realizado en la zona datan el inicio de la explotación de este yacimiento en la Edad del Hierro, vinculado al desarrollo de la cultura celtíbera. No obstante fue en la época romana cuando el hierro extraído en esta mina fue esencial para la elaboración de armas y, sobre todo, para la fabricación de las herramientas que se usaban en otras minas como las de lapis specularis, cuando la explotación alcanzó su mayor esplendor. Las noticias más fidedignas se sitúan en el siglo I dC., durante el tiempo del emperador Claudio, en que debió alcanzar su máximo apogeo, que se prolongó, con altibajos, hasta la Edad Media. Una gruesa piedra, tallada con una inscripción latina, que aún es visible en las inmediaciones, da fe de la presencia de las legiones romanas en este arriesgado paraje serrano.

En los siglos XVI y XVII proveyó de mineral de hierro a una amplia red de herrerías que surgieron en distintos puntos de la Serranía: Santa Cristina, El Tobar, La Vega del Codorno y algún martinete, como el de Los Chorros, en Huélamo, todos ellos situados al lado de corrientes fluviales que aportaban la energía precisa para mover la maquinaria. Durante su periodo de máxima explotación, a finales del siglo XIX y primeros del XX, fue propiedad del marqués de Urquijo, época en la que el yacimiento daba trabajo a gentes de toda la comarca. La explotación, sin embargo, fue siempre artesanal, en base al esfuerzo de brazos humanos y caballerías, a las que sólo muy tarde se incorporaron algunas máquinas de arrastre. Como el carbón usado en la extracción procedía además de lejanos centros -sobre todo Ojos Negros y

El sueño de un emporio minero en la Sierra de Cuenca

Utrillas- el transporte encareció tanto la explotación que finalmente cerró, aunque según parece el yacimiento aún no está agotado.



La antigua mina de Cueva del Hierro.
Ahora un recurso turístico.

largo, al fin del cual se halla un gran anchurón del que parten dos galerías bastante capaces. La galería izquierda no está muy practicable y en la de la derecha se encuentra al poco trecho una parte de agua exquisita y más adelante una tierra ferruginosa que se descubre también abundante en las laderas del cerro sobre el que se asienta el pueblo, empleado ahora por las mujeres en los frisos o rodapiés de sus blanqueos caseros» [Torres Mena, 95].

La mina se encuentra a muy pocos metros del actual casco urbano y a pesar del avance moderno en el terreno de las exploraciones subterráneas, aún no se ha logrado establecer con precisión su exacta profundidad. A mediados del siglo XX se hizo un nuevo intento de explotación, hasta que en 1972 se cerró de manera definitiva aunque por sus características permite, en la actualidad, ofrecer una panorámica completa de lo que ha supuesto la historia de este tipo de explotaciones a lo largo del tiempo. Acabado el sueño industrial y metalúrgico, la mina de Cueva del Hierro ha encontrado en nuestros tiempos una utilidad de tipo turístico, como curioso punto de atracción para los visitantes de la Serranía y en ese aspecto parece que está funcionando razonablemente bien.

La Herrería de Santa Cristina

Con este nombre completo o simplemente como Santa Cristina, este es un lugar que aparece mencionado alternativamente en los Nomencladores como caserío, aldea o despoblado, según las circunstancias de cada momento. En la situación actual, parece que el término que más le cuadra es el último citado, ya que la población estable ha desaparecido prácticamente.

El pueblo se encuentra situado en uno de los lugares más inaccesibles de toda la provincia de Cuenca. De hecho, no hay ninguna carretera que llegue hasta él. La comunicación se sustituye por un camino forestal con origen en el kilómetro 35 de la carretera CM 210, a la salida del túnel de Monsaete en dirección hacia Cañizares. Desde ese punto, el camino, ciertamente dificultoso, paralelo en principio al arroyo de La Vega y luego junto al Guadiela, atravesando el Estrecho de las Tejeras, conduce al cerro en cuya cúspide se asienta el caserío de Santa Cristina, aunque también se puede hacer otro camino, más largo pero quizá más cómodo, siguiendo la carretera de Alcantud a El Pozuelo, desde la que hay un acceso directo al pueblo. Se encuentra situado en la margen derecha del río Guadiela, entre la Hoz de Tragavivos y la de los Toriles. Se trata de una docena de viviendas, todas ellas de moderna construcción, distribuidas sin ningún tipo de ordenación urbanística y con una pequeña e informe iglesia como único punto especial de referencia. Administrativamente se incluye en municipio de Carrascosa. A los pies del cerro se encuentran los restos de la antigua herrería y la central eléctrica El Infiernillo.

El sueño de un emporio minero en la Sierra de Cuenca



En la Hoz de los Toriles, cerca de Santa Cristina, una inscripción latina en piedra da fe de la presencia de los romanos en estos parajes [Foto Pura Sierra].

Mateo López, en su repaso histórico por los orígenes de Cuenca, menciona repetidamente «el despoblado de Huerta Vellida o Santa Cristina, que está sobre la hoz de Peñaescrita, en la ribera de Guadiela», como un lugar en que «se descubren y registran muchas ruinas y antigüedades», y «muchos vestigios y ruinas de fortalezas en todo su contorno y otras antigüedades que demuestran que allí hubo población de mucha antigüedad, aunque de corto recinto» [M.López, I, 127], lo que hizo a algunos cronistas creer en la posibilidad de que aquí estuviera Ercávica. En esa época, principios del siglo XIX, el lugar se caracterizaba por el trabajo derivado de una fundición de hierro y un molino harinero, actividad que se desarrollaba a cargo de vecinos del pueblo de El Pozuelo, como se recoge en el censo de la Ensenada.

La fantasía (y las ganas de notoriedad que tienen todos los pueblos) quiere vincular este lugar nada menos que con Cervantes y ello a partir de un levisimo dato, cogido con pinzas. Astrana Marín ha establecido que la herrería tuvo como arrendatario a Juan Garcés Muñoz, vecino de Molina de Aragón, quien a su vez la alquiló a Juan de Urbina y éste designó administrador a Luis de Molina, casado con una hija de Miguel de Cervantes, misión que llevó a cabo en compañía del cura de Cañizares, Francisco del Castillo, a su vez tío de Luis. Ahora bien, estos datos no demuestran en absoluto algo que en estos pueblos se da por hecho: que el administrador, Luis de Molina, pudiera residir de manera efectiva en Santa Cristina y menos aún que recibiera en algún momento la visita de su suegro, Miguel de Cervantes. De todos modos, es una especulación inocente, que no hace daño a nadie.

Henarejos

En el siglo XIX las minas de Henarejos contaron con suficiente fama («hay muchos criaderos de mineral de hierro, plata y carbón de piedra», asegura Madoz) y posibilidades económicas como para justificar la construcción de una línea férrea que se denominó, sobre el papel, de Valencia a Cuenca y las minas de Henarejos. En la práctica, tal línea nunca se hizo y cuando por fin se construyó la de Utiel a Cuenca, la estación más próxima fue la de Enguádanos, hasta donde había que trasladar el mineral en carros y camiones.

La explotación de las minas comenzó a mediados de aquella centuria, con unos medios ciertamente artesanales y alcanzó unas razonables expectativas cuando en 1860 se constituyó la Sociedad Carbonera de Cuenca, cuya sede social quedó fijada en Madrid y que, desde sus inicios, planteó con claridad la perspectiva de impulsar la construcción de un ferrocarril: «Las minas de carbón de piedra de Henarejos, pertenecientes a esta Sociedad, han sido la base y serán el apoyo y sostén del Camino de Hierro proyectado desde Aranjuez a aquel punto, pasando por esa ciudad y atravesando la provincia, que recibirá

El sueño de un emporio minero en la Sierra de Cuenca

una vida y animación desconocidas; y llegará con el tiempo a ser una de las cuencas más ricas y privilegiadas del globo, al influjo irresistible y beneficio del rápido impulso del vapor.



En 1868 se aprobó la compañía ferroviaria que habría de llegar hasta las minas de Henarejos.

en un paraje colindante con otros dos registros, La Inagotable y Negro Motor, que son colindantes y a los que se añadió el mismo año otro más, denominado Guerra. El titulado Peraleja fue denunciado por Rafael García Moreno, en nombre de la empresa vasca Alkartasuna, en el paraje Barranco Silvestre, mientras que esa misma empresa también registró el titulado Rayuelos, en los parajes Los Rayuelas y El Cerro, si bien a este renunció al poco tiempo, lo mismo que ocurrió con los denominados Cascajar y El Cerro, señal evidente de que una cosa son las perspectivas y otra las realidades.

Animada por esa previsión de futuro, la explotación alcanzó su punto de máxima intensidad en los primeros veinte años del siglo XX, con un trabajo a gran escala que se vio interrumpido al término de la I Guerra Mundial y la consecuente crisis económica europea, prolongada en España con la inestable situación posterior que habría de desembocar en la guerra civil. Al término de ésta, volvieron a activarse los trabajos, ahora a cargo de la empresa Portolés y C^a, contando con la necesidad que tenía el país de obtener fuentes de autoabastecimiento a causa del bloqueo exterior, por lo que se impulsó la extracción de carbón de estas minas, material tan necesario en el proceso de impulso industrial de aquellos momentos. Esa fue una época de cierta prosperidad para el pueblo de Henarejos, que vivía en su casi totalidad del trabajo en las minas.

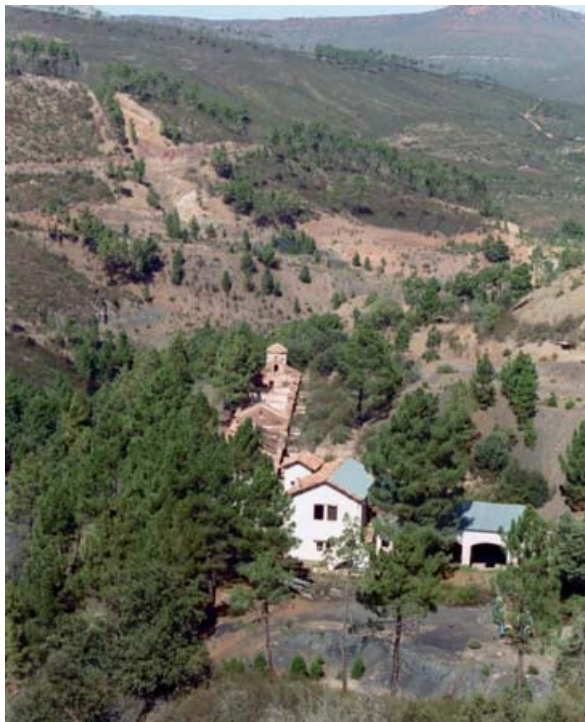
En esa etapa, en el llamado Valle de las Minas llegaron a edificarse tres barrios, calificados respectivamente como De abajo, De arriba y Nuevo, que dieron alojamiento a más de 300 personas de manera permanente, llegadas mayoritariamente de los pueblos de la zona, sobre todo de familias jóvenes en busca de un buen futuro. Había un colegio para los niños, economato, horno, bares, cuartel de la Guardia Civil, lavadero y todos los complementos propios de un lugar habitado. No faltaron emigrantes procedentes de otras regiones españolas, como Andalucía y Asturias.

La calidad del carbón extraído parecía suficiente y proporcionó utilidad durante momentos muy concretos de la actividad industrial española, como combustible para las locomotoras de ferrocarriles, en el primer cuarto del siglo o para abastecer a las tropas de la República durante la guerra civil.

La inexistencia de carreteras y ferrocarril en la Serranía conculcaba a trasladar el mineral a lomos de caballerías hasta La Roda, punto de embarque en el tren situado a 85 kilómetros lo que suponía un coste supletorio de 22 pesetas por tonelada además del considerable trabajo necesario por lo que el resultado final era muy oneroso y, desde luego, nada competitivo con el carbón procedente de otros lugares, lo que finalmente derivó en la interrupción de la explotación minera. Eso explica las expectativas provocadas por la aparición de un ferrocarril que habría de enlazar este punto con la costa levantina.

Este proceso histórico, que aquí hemos resumido en sus elementos esenciales, explica el interés que en cierto momento se alimentó para trazar una línea férrea que pudiera llegar a las minas de la Serranía de Cuenca que así quedaría enlazada con Madrid y Valencia, además de con la capital provincial e incluso llegó a preverse un ramal hasta Teruel. En esa época, la del inicio del ferrocarril por la Serranía de Cuenca, ya se habían declarado varios registros mineros en el término de Henares, como el denominado Fraternidad, en 1903, promovido por José Fernández Mater, vecino de Valencia,

El sueño de un emporio minero en la Sierra de Cuenca



El poblado minero de Henarejos dio lugar a un bello enclave paisajístico en el corazón de la Serranía.

De esta forma se evaporó definitivamente el sueño minero e industrial vinculado a Henarejos y, de paso, todo lo que en algún momento se soñó pudiera llegar a ser un emporio laboral y económico en la Serranía de Cuenca.

La situación de bonanza cambió radicalmente a partir de los 60 del siglo XX. El creciente poderío del petróleo como materia prima industrial y la apertura de España a los mercados exteriores devolvió el carbón a su papel secundario, agravado además porque la instalación extractora situada en Henarejos era absolutamente precaria. Hubiera hecho falta una muy poderosa inversión para modernizar la tecnología y eso ni siquiera fue planteado. En 1966 terminó el trabajo y las minas fueron cerradas. El sueño del ferrocarril había pasado ya a la historia y a la nostalgia.

Sin embargo, aún hubo un intento postrero de recuperarlas, pero es una etapa envuelta en más oscuridades que claridades, pues realmente nunca se llegó a saber qué pretendían realmente las empresas que se dedicaron a estas labores, primero con unas extracciones parciales y nada útiles, entre 1983 y 1989 y luego, a partir de 2009 y durante dos años, por la empresa leonesa Emergicar, que al parecer produjo más daños que beneficios, arrasando prácticamente todo el lugar, incluyendo una barriada y gran parte del paraje circundante.

Casa Rural
Bed and Breakfast



Descanso, Naturaleza y Cultura
en el
AltoTajo

Suites dobles
Desayuno casero
Entorno único
Peralejos de las Truchas



Tel. 620 900 602/ 634 948 064



la
cosechadora 
asociación foto-filmica



ESTAMOS TRABAJANDO EN
EL ARCHIVO AUDIOVISUAL
COLECTIVO DE
MEMORIA RURAL.

Si tienes filmaciones en Regular®, super8,
8mm, hi8... En las que aparezcan pueblos,
costumbres, fiestas, oficios...

¡Puedes formar parte de este archivo!

*Además de contribuir a la preservación
de la historia rural, te recomendamos
como conservar tus originales y te
facilitaremos una copia digital en alta
calidad.



cosechadorafotofilm@gmail.com